

EL VISITANTE

Daniel Castro del Valle / Filosofía y Letras

Llegó temprano al museo. Los guardias estaban acomodando las sillas desde las cuales, colocadas en entradas y rincones, vigilan a los visitantes. Sin seguir el laberinto acostumbrado por el cual se deben ver en perfecto orden todos los cuadros, se encaminó hacia una pintura.

Era un Tamayo. Dos cuerpos oscuros yacentes, uno frente al otro. Acostados, como sin preocupación, lánguidamente, en la noche oscura de luna negra. El color escaso; morados y sepias sugiriendo tonos y volúmenes únicamente. “Rufino Tamayo. *Músicas dormidas.*” Leyó como sin ver.

“En la pintura lo esencial de los seres y los objetos puede ser aprisionado. ¿No es eso lo que ocurre en una novela como *Dorian Gray*? Es una transmutación de esencias. ¿No guardan las pinturas los íntimos secretos de la vida y la muerte? Si la materia es energía, ¿no hay entonces un tránsito de ésta hacia la tela? ¿No es así como quedan aprisionados los elementos constitutivos de las mentes y los cuerpos en los cuadros?”

Miraba sin ver el cuadro mientras las ideas se agolpaban en su cerebro y los conceptos, confusos y oscuros, iban de la más recóndita inconsciencia a la más brillante lucidez.

Tenía perfectamente fijados en su memoria los detalles del cuadro. Los dibujos, las líneas, los colores, los tonos, los volúmenes, los objetos, todo lo conocía. Continuaba con los ojos fijos en él. Mientras, en el otro extremo de la sala una pareja iba de un cuadro a otro recorriendo rápidamente el museo. Él estaba solo y como fijado al suelo.

Los cuerpos comenzaron, lenta, pausada, casi imperceptiblemente a respirar. El ritmo crecía, se normalizaba. Respiraban. Tenían vida.

“La piel se me oscurece, casi no me veo los pies. ¿Dónde están los guardias? ¿Y los demás cuadros? No veo nada. ¿Por qué se oscurece? Esta luna negra. ¿Dónde estoy?”

—Ven— la voz surgió de la oscuridad sin eco.

Trató de moverse. Se sentía pesado. No veía con claridad. Quiso saber quién le hablaba.

Frente a él, el cuerpo se fue levantando y, mirándolo sin ojos, le habló.

—Anda, ve lo que quieras. . .

Quiso responder y preguntar. El cuerpo ya no estaba; sólo oscuridad y silencio.

Caminó en la noche sin nada. Adelante, la claridad. No había ya lunas, ni soles, ni estrellas. Luces, sólo luces extrañas. Verdes, luces extrañas; grises, rojas, azules, cafés, anaranjadas. Objetos. Entró en un cuarto. Una mujer sentada. Sus pies semejantes a los de la silla y sus manos iguales a los soportes. Su cara como la tela del respaldo. En otra silla, una pata tentáculo sacaba ropa de un cajón. La mujer le sonrió y quiso abrazarlo. Corrió. Verdes jardines, grandes montes, hombres y mujeres escuálidos, paisajes tropicales, glaciales inviernos, furias volcánicas. Colores y formas integrados en un mismo universo en la más perfecta comunión. Se sintió fatigado. El universo de lo imposible y lo posible crecía y se reducía a partir de él.

La oscuridad volvió y el lento y pausado respirar de los cuerpos yacentes atrajo nuevamente su atención. Trató de fijar su vista en ellos pero se disipaban y hacían invisibles. La oscuridad se redujo en tonos rítmicos. Volvió a verse frente al cuadro.

Las músicas dormidas continuaban su sueño.

En el cuadro era la noche, y en el museo, las luces estaban apagadas y todo estaba oscuro. El museo ya estaba cerrado.

